

Diálogo jugoso de poesía
que cual collar fulgente se desgrana
en esa paz que de la noche emana
cuando la estrella su misterio envía.

¡Quién pudiera plasmar ese momento
de emoción, de placer, de sentimiento,
en una hermosa ilustración florida!

¡Felicidad que el corazón desborda
y que la seda del ensueño borda
en el áspero lienzo de la vida!...

MANUEL MONTERREY

IDEARIO EXTREMEÑO

Yo solo la caridad quiero y pido, que es mayor que todas las virtudes y todas andan en su compañía y servicio.

FRAY JUAN DE LOS ANGELES

Todas saben no querer,—mas no todas defensarse,—y todas saben negarse—mas muy pocas fuertes ser.

LUIS MIRANDA

Una cuestión de soberanía no puede resolverse sino por medio de la guerra; por eso la guerra es el medio universal de las asociaciones humanas.

DONOSO CORTÉS

Una democracia es un campo de batalla donde la ambición de pocos jefes se disputa a palmos la facultad de subyugar al pueblo, a costa de la inquietud y a veces de la sangre y miseria del mismo pueblo.

FORNER

LA VIDA MADRILEÑA A FINALES DEL SIGLO XIX

I

LA CIUDAD Y LOS ESPECTÁCULOS

MADRID en el último decenio del siglo XIX, en mis tiempos estudiantiles, ocupaba una extensión urbana inferior a la mitad de la actual. De Chamberí hacia el Norte era campo, y también desde la calle de Velázquez y las tapias del Retiro hacia el Este. Por el Sur acababa casi la urbanización en las Rondas de Toledo, Valencia y de Atocha. Por Poniente, que es por donde Madrid tiene más visualidad y mejor panorama, la urbanización no llegaba al río: No existía el Parque del Oeste. Una fauna hampona de golfos y galloferos se resguardaba de las intemperies y fríos invernales en las cuevas que excavaban en las laderas del altozano del cuartel de la Montaña. El jardín de Palacio o Campo del Moro, estaba abandonado a los vagabundos hasta que la reina regente María Cristina, lo restauró y cercó de verjas. El arenoso cauce del Manzanares estaba todo ocupado por lavaderos y tendedores de ropa, de tal modo que la capital aparecía, por esta parte, en paños menores, empavesada de calzoncillos y camisas.

La Puerta del Sol tuvo hasta finales del siglo espaciosa fuente de amplio y bajo pilón circular de cuyo centro, en días solemnes, se elevaba alto surtidor. En derredor de ella daban vuelta, desde 1871 que se inauguró la primera línea, los primeros tranvías arrastrados por mulas, que establecían comunicación entre el centro de la ciudad y la periferia. En 1882, se inauguró otro medio de transporte urbano: los ómnibus que denominaron *ripperts*, tirados por mulas, que establecieron competencia a los tranvías. De la Puerta del Sol a la Universidad costaba en el ómnibus cinco céntimos. Medio abundante también de comunicación urbana, era el coche arrastrado por un caballo; en invierno el cerrado o «simón»; en verano el abierto o «manuela».

El alumbrado público era por gas, y por petróleo en los barrios extremos alejados. A fines del siglo se instaló en las principales calles el alumbrado eléctrico, que rápidamente se extendió al interior de las casas; innovaciones en el alumbrado que fué objeto de comentarios encomiásticos por la prensa diaria, denominando los poetas chirles «huevos de luna» a los arcos voltaicos encerrados en el globo de vidrio deslustrado.

La vida urbana de Madrid en la época a que me vengo refiriendo, difería mucho de la actual. Había mayor tranquilidad y reposo, sin el ajetreo de los modernos deportes ni necesidad alguna para regu-

lar el tráfico callejero de los guardias de la porra y casco blanco de bacinillo.

Era la época de los grandes cafés en la Puerta del Sol y calles inmediatas, con sus tertulias al principio de la tarde en las que se discutía de todo y se hablaba mal del gobierno.

Durante la noche cafés y teatros estaban concurridos. Estos últimos no celebraban función de tarde sino los domingos y días festivos. Los principales teatros eran el Español y la Comedia para el drama y la comedia seria; la Zarzuela para lo que su nombre indica; el Cómico que también aún subsiste y Lara para la comedia graciosa de costumbres; Apolo, ya desaparecido de la calle de Alcalá y Esclava, destinados al género chico, o sea zarzuela cómica de uno o dos actos.

El Real o de la Opera, se abría todos los años por larga temporada, con cantantes de fama internacional y orquesta excelente, y al cual era de buen tono el abono por la aristocracia del abolengo o de la fortuna; mientras que la clase media acomodada acudía alguna vez al anfiteatro, acumulándose en el paraíso (cuya entrada costaba seis reales), un público muy aficionado y competente, severo en el juzgar y temor de cantantes y directores de orquesta.

En primavera y verano funcionaban dos circos; el de Price, en la plaza del Rey, y otro que se estableció después, el de Colón, en el solar que había en la plaza de Santa Bárbara, entre las calles de Santa Engracia y de Almagro, entonces con abundantes solares y muy pocas casas edificadas. El espectáculo era el de siempre con sus eternos malabaristas, equilibristas, acróbatas, caballitos y otros animales amaestrados; siempre variado y siempre lo mismo, y los perennes tontos, payasos y titereros.

Durante el verano se abrían al público por las noches, los Jardines del Buen Retiro, que estaban situados donde ahora están ubicados el Palacio de Comunicaciones y el Ministerio de Marina. Allí acudía la gente que presumía de elegante, a pasear y establecer tertulias junto al kiosco de la música. Cuando comenzaron a desmantelarse los jardines para los edificios citados, se construyó junto al paseo del Prado, con carácter provisional, el llamado «Teatro Felipe» (por Felipe Ducazal, su empresario), que con gran éxito cultivó el denominado género chico con su música pegadiza y alegre, juguetona y picaresca.

Al llegar la primavera, con el buen tiempo, en Pascua de Resurrección, comenzaban, a más de las temporadas de circo, la del Hipódromo con las carreras de caballos, y, sobre todo como acontecimiento importante, la temporada taurina.

Las carreras de caballos era espectáculo de trasplante exótico, que no ha conseguido arraigar en la masa del pueblo hispano y que cada vez decrece más, reservándose para un sector muy circunscrito de la sociedad. En la época que examino tuvo su máximo desarrollo, más por las carreras en sí y el azar del juego, por la ostentación a que daba lugar el desfile por el espléndido paseo de la Castellana de carruajes lujosos y de magníficos troncos de hermosos caballos;

desfile que era encanto de la vista y satisfacción vanidosa de los que desfilaban.

Las corridas de toros de los domingos apasionaban más o menos al conjunto de los habitantes de la capital. Al comienzo de la tarde el gentío acudía a la Puerta del Sol, sitio de partida para la plaza de Toros, que la marea creciente del urbanismo derribó ya entrado el segundo cuarto del siglo XX.

Vocerío: ¡eh, a la plaza eh!; pregones ¡la reseña de los toros! Omnibus repletos en carrera con estrépito de hierros y rodajes; alegre cascabeleo de los atalajes hípicas; coches lujosos con beldades ataviadas con mantilla blanca y claveles rojos. Manueles con hembras floridas y mantón de Manila. Jardinera veloz con toreros vestidos de luces y destellos. El jaco trotón con el picador forzado, y detrás, en otro jaco, el monosabio de azul y rojo. Corriente humana presurosa calle de Alcalá abajo. A la entrada de la plaza, barullo: ¡naranjas, tres un real!; ¡la reseña de los toros!

Circo taurino de rasgos arquitectónicos moriscos. Flamear de bandera roja y gualda. Luz de sol brillante, destellos de alamares; colorines de mantones, mantillas y abanicos. Música; sonar de clarines y timbales. Silencios breves de emoción; aplausos, fiereza inconsciente; arena sangrienta. Multitud que se desparrama. La tarde cae; muchedumbre que se estaciona en las aceras para presenciar el desfile de regreso.

Al día siguiente, lunes, el zapatero remendón de la esquina compró «La Lidia», que como de ordinario tenía una plana a todo color por el sordo Daniel Perea, pintor insuperable de toros. El maestro Cerote fijó en la pared con cuatro tachuelas y maniobras de rito, la estampa, aumentando con el nuevo ejemplar el decorado del taller.

En el Ministerio de Fomento, Sección de Universidades, se discutió ampliamente que si Frascuelo, que si Lagartijo, sirviendo de texto de discusión la reseña de «El Imparcial» por «Sobaquillo», seudónimo de Mariano de Cavia. El jefe del negociado, que por costumbre y decoro profesional llegó a la oficina a las once y media, declaró que Mazantini, nuevo astro coletudo que se presentaba en el firmamento taurino, eclipsaría a los dos; terminándose la discusión ante el mayor criterio sustentado por el superior jerárquico, y ser ya hora de abandonar la oficina y marcharse a comer.

El público madrileño, en relativa gran parte, era trasnochador. Los espectáculos teatrales terminaban todos bien pasada la media noche y los cafés permanecían abiertos horas después, siendo muy corto el intervalo en que la Puerta del Sol y las calles céntricas se quedaban solitarias, pues cerca del amanecer se retiraban los trasnochadores.

Antes del alba se abrían las buñolerías, donde se servía café negro de recuelo, algo superior a la pócima de cebada tostada que ahora llaman malta, aguardiente matarratas, buñuelos calientes y churros que en proporción de tamaño con los de ahora, eran el de la serpiente boa respecto a la sanguijuela.

Salían los traperos a revolver con su gancho los montones de

basura, de las mil y una utilidades despreciadas. Los serenos, apagando el farolillo pendiente del chuzo, se retiraban. Hacían irrupción en las silenciosas calles, el estrépito de las burras de leche con sus collares de escandalosas campanillas; paraba la docta recua farmacológica ante el portal del paciente catarroso; salía soñolienta la sirvienta a recoger el néctar asnal; tibio, dulzón y espumoso; y reanudando el presuroso trote el benemérito tropel, se atenuaba y perdía el ruido al doblar la esquina. Clareaba la luz de la aurora; sonaba el esquilón de las monjitas llamando a misa temprana a las devotas madrugadoras. Un chico con larga caña de buñuelos, en ella ensartados, se encogía el frío mañanero y pregonaba su mercancía. Se abrían tiendas y portales, y Madrid entraba en el trajín del nuevo día.

E. HERNANDEZ-PACHECO

EXTREMADURA

(Retrato en acuarela)

Buscas el Aula doctora con tu frente vegetal.
 Tus pies remozan el vuelo con las gracias sevillanas.
 Te abren su pecho, de un lado, manchegas y toledanas
 y del otro te echa gorjas todo un Reino: Portugal.
 Por Gredos te entran caricias de mística monacal.
 Te aprieta celosa un muslo la flor de veinte sultanas,
 y allá por Huelva, llamándote, quiebra las moles serranas
 el águila marinera con su pico de cristal.
 Te cruza el pecho una arteria rumorosa y andariega;
 y otra que pican cien lanzas fertilizando la vega
 por el ombligo romano te ha ceñido un cinturón.
 Cuarenta cumbres orean de tus escudos la gloria;
 y tanto volcaste el ánfora de tu grandeza en la Historia
 que están los dos hemisferios llenos de tu corazón!

MANUEL DELGADO FERNANDEZ

SIN NINGUNA IMPORTANCIA

ACABA de pasar junto a nosotros, como un fugacísimo relámpago del progreso, el tren TALGO. Maravilla de la moderna técnica ferroviaria, reúne a nuestro modesto parecer toda la comodidad y todo el buen gusto que es posible montar en el limitadísimo espacio de que se puede disponer dentro de la caja de una vía férrea. Sillo-nes admirables, cabinas, dormitorios, comedor, salón de fumar o de tertulia, cocinas, y todo con un orden, una limpieza y meticulosidad dignos del mayor elogio. Su construcción, por demás sencilla, no permite la acumulación de polvo, ni de esos extraños residuos tan antiguos que nos hacen pensar en las descuidadas costumbres que tenían nuestros antepasados. Dentro de este tren moderno, los sillones se hallan alineados a la manera de los de los aviones. Es muy lógico, naturalmente, que toda esta clase de locomoción se disponga a acomodarse conforme a las exigencias de las nuevas conquistas y yo creo que el tren TALGO es, quizás, la primera transición de la terrestre a la aérea. Por eso, sin duda, este tren magnífico, cien veces elevado al cubo por ser eminentemente español, se ha sabido despojar de ese enormísimo peso y de esa descomunal altura de nuestros trenes actuales.

Le hemos visto marchar sobre la alfombra verde de nuestros campos extremeños y lo hemos contemplado deslizarse a velocidad verdaderamente sorprendente, con la seguridad y la fuerte adherencia de un largo gusano argentado. Podríamos decir, esta es, al menos, la sensación, que en el tren TALGO han sido eliminados casi todos los motivos de tragedia.

Y, no obstante, cuántos encontrados pensamientos nos han venido a turbar!

Por lo pronto, ya no serán posibles, con esa rara facilidad de hoy, esos terribles lamparones que como por arte de magia se agarran desesperadamente a nuestros pobres trajes, produciendo en todos los quitamanchas materia abundante de trabajo y satisfacción difícilmente armonizables con nuestros sentimientos de víctimas. Tampoco podremos terminar, luego de una noche de pesadilla, oyendo, atemorizados, toda suerte de siniestros chirridos bajo nuestros pies, con esos graciosos chafarrinones que, juntamente con las carbonillas incrustadas bajo nuestros párpados y los ojos rojos y llorosos, constituyen la verdadera salsa de nuestros viajes. Decididamente, señores, el progreso nos parecerá a todos de perlas, pero en muchos casos, en casi todos, convengamos también en que nos viene a aguar un poco la fiesta.

Antes iba usted a los toros contento, pongo por caso, porque sabíamos de antemano que pasaríamos una buena tarde de cualquiera